DON FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN

(Una visita en 1927 al maestro de los estudios cervantinos)

El Bachiller Francisco de Osuna mantiene la jovialidad serena, la perseverancia fuerte, el equilibrado buen humor, la misma fe en sus ideales y la misma frescura y lozanía de estilo con que hace más de medio siglo inició su laboriosa carrera. Después de una larga conversación en su casa de la Academia Española—*in loco idoneo*—me preguntaba a mí mismo cuál es el secreto elixir de esta mocedad espiritual. Lo mismo que divulgó las tentativas alquimistas de Felipe II—que quería oro, mucho oro para ejecutar sus ambiciosos planes—pudo también Rodríguez Marín haber hallado la traza de algún elixir mágico para prolongar su devoto culto cervantino... Pero el hecho puede explicarse de un modo más natural. Rodríguez Marín tomó su mocedad de la perpetua mocedad del pueblo y de la salud espiritual de Cervantes. Populismo y cervantismo son las dos mayores influencias en la formación del carácter literario de este formidable trabajador.

Apenas despiertas sus curiosidades intelectuales, huérfano de madre, fué una criada quien las alimentó con su inagotable caudal folklórico. En la literatura portuguesa hay una criada inmortal, la vieja Rosa de Lima, que en una finca del Duero determinó las primeras simpatías del demofilismo literario de nuestro Garrett, que entre otras muchas cosas grandes fué el fundador de los estudios folkló-

ricos en Portugal. ¿Qué mucho que recordemos con gratitud a Lola Rivera, la humilde promotora de la obra ingente de este insigne folklorista? Hace cincuenta años fundó con algunos condiscípulos la revista *Enciclopedia*—¡nada menos!—, y sus principales colaboraciones en aquella época fueron de folklore y de poesía. Y folklorista y poeta siguió siendo hasta hoy, y andaluz hasta la medula, hasta cuando otras devociones se asociaron a las de su primera formación.

La revista *Enciclopedia*, en la que colaboró el padre de los poetas Machado, le ganó las primeras amistades portuguesas: la de Teófilo Braga, a quien dedicó su libro *Más de 21.000 refranes castellanos;* la de Consiglieri Pedroso y la de F. Adolfo Coelho. Cuando hablé con él, en su residencia de sumo pontífice de la religión cervantina, tenía a mano, para las consultas frecuentes e íntimas, las obras del maestro portugués.

Frecuencia e intimidad de trabajo respira su gabinete, sin otro lujo que el de la obligada elegancia, dentro de la unidad arquitectónica del edificio; su mesa de trabajo, otra mesita auxiliar, por las paredes armarios con los otros libros de más urgencia, la colección de sus obras, y en un estante giratorio, al alcance de su brazo, los libros referentes a la materia en que está trabajando. Tres retratos—Cervantes, *ca va sans dire*, Lista y Menéndez Pelayo.

Lista, ¿por qué? Porque Rodríguez Marín, poeta, es un poco su nieto espiritual, como discípulo de un discípulo de aquél, don José Fernández Espino. La amistad con este catedrático de Sevilla estuvo a punto de imprimir un rumbo distinto a su vida, y así habría ocurrido si Fernández Espino, en vez de irse a Madrid como ministro de Fomento del Gobierno de la Restauración, no hubiera emprendido un viaje mucho más largo y del que no se regresa...

Fernández Espino ligó al Bachiller Francisco de Osuna a la famosa y castiza escuela sevillana. Y en sus obras, de románticos títulos y románticos temas en moldes clásicos, procuró defenderse del francesismo posterior, a pesar de que la primera escuela sevillana practicase un clasicismo con rayas de enciclopedismo gaulés.

Los versos de Rodríguez Marín son así una supervivencia neo-clásica, esotérica, desviada del ritmo general de su tiempo y de las modas. Y cuando su sensibilidad le remontó a expresiones intensas, no utilizó las libertades formales y los subjetivismos desenfrenados de los románticos, que ya entonces carecían de novedad; retrocedió a los tiempos áureos, y, siempre clásico, tiñó de platonismo sus aspiraciones ideales. Recuerdo aquel soneto, que ya Menéndez Pelayo recitara en la Academia Española, como típico de la lira del Bachiller Francisco de Osuna:

Nunca escuché tu voz, y en mi alma suena
siempre su timbre claro y argentino;
nunca tus ojos vi, los adivino,
y de luz de tus ojos está llena.

Dentro de la misma manera clásica, platónica y de risueña ironía quinientista, está el escritor ordenando una nueva colección de versos, solamente un poco dudoso de su oportunidad.

Su erudición prodigiosa, su inagotable arsenal paremiológico y su buen humor, dan a la conversación del siempre joven Bachiller Francisco de Osuna un gran encanto. Él es un argumento en favor de la profunda cultura clásica, que no ataca la salud del alma, antes bien, la tonifica. La gracia ligera y el arte de reír no murieron ahogados bajo el peso de sus estudios humanísticos. Ya abogado y entregado a su oficio y a sus letras, se aplicó todavía al estudio del hebreo, sólo para complacer en su voluntad caprichosa a un viejo maestro de hebreo que fué a Osuna para morir en su tierra, pero como había vivido: enseñando a leer la Biblia. Y estudio fué que de allí provino su escrupulosa traducción de *El Cantar de los Cantares*.

Dos intimidades mágicas perpetuaron esa buena salud del alma: la de *Juan del Pueblo*, símbolo popular amoroso, que el Bachiller Francisco de Osuna opuso, o mejor, con que completó el de García Gutiérrez, *María de los Dolores;* y la del Genial Manco.

Pero la demofilia y el andalucismo de Rodríguez Marín, el «bairrismo», como diría en portugués, no se atenuaron en el transcurso de la vida. Y al mismo tiempo que se aplica a explicar el texto de Cervantes y a reconstruir su biografía, demuestra con cariño que su familia era cordobesa y que su sangre andaluza asoma siempre en los modos de decir, en la forma de la imaginación y de la gracia, en la propia hipérbole desmesurada de Cervantes; y demuestra también cómo el *Quijote* fué concebido y tal vez comenzado a escribir, en una cárcel de Sevilla; cómo Cervantes vino de la lejana Alcalá a estudiar, a digredir y a padecer por Osuna y Sevilla.

En la conversación y en la obra del jovial Bachiller Francisco de Osuna, todos los caminos van a parar a Cervantes. Personajes y episodios contemporáneos sabe comentarlos profundamente con un dicterio y una alusión del *Quijote*. Hasta muchos de sus cuentos y de sus artículos de *Burla*, *burlando*, *Ensaladilla* y *Cincuenta cuentos anecdóticos*, pintorescas series de amenas erudiciones joco-serias, conducen a Cervantes. Recuerdo una circunstanciada descripción de las fiestas con que Sevilla agasajó, en 1812, a Lord Wellington, las cuales fiestas terminaron con el ofrecimiento de un ejemplar del *Quijote*, en una edición académica. Sólo para contarnos esto fué pergeñada toda la narración.

Rodríguez Marín hace recordar a un personaje de Ortega Munilla en *La señorita de la cisniega*, que aún veía el mundo por los ojos de Homero. El Bachiller Francisco de Osuna ve el mundo a través del *Quijote;* y no se podrá decir que fuera desacertada la elección del genial cicerone, y que esa compañía íntima no haya sido fecunda en obras y en saludable influencia. Esta influencia la definió elocuentemente Menéndez Pelayo: «Algo del espíritu de Cervantes, de su ironía eternamente benévola, de su alto y plácido optimismo, de su serenidad augusta y risueña, ha pasado a este comentador e intérprete suyo, sin duda, el mejor que tenemos.»

A propósito de Cervantes y de la propia ironía de Rodrí-

guez Marín, que en el decir de don Marcelino tiene en la boca el chiste y el estoicismo en el pecho, hacemos algunas variaciones sobre este tema. Yo pienso que el personaje Don Quijote es españolísimo, más que la mentalidad que lo concibió; la imaginación cervantina es un caso de genio inexplicable como muchos otros, y que tanto es peninsular como podría ser nórdico. Español en la materia, llega a parecer un poco exótico, como método mental, aquel tenor de ironía melancólica y graciosa, serena e indulgente, con muchos ribetes de *humour*. Y Rodríguez Marín, con sorprendente memoria, me repite un párrafo de uno de sus discursos académicos, con un rápido paralelo—sólo demasiado fisiológico—entre Mateo Alemán y Cervantes:

«Para los dos tuvo harta hiel la fortuna; pero Cervantes, siempre generoso, levantaba sobre todas las miserias su efusivo corazón, y escupía noblemente aquella hiel, apenas pasada de los labios, para que no se le aposentara en las entrañas, mientras que Alemán, profundo filósofo, de espíritu recio y áspero, la paladeaba y deglutía aposta, por no perder su derecho a la queja y a la indignación.»

La conclusión de honda melancolía que por último nos deja el *Quijote* con su derrota del idealismo puro y su imposibilidad de una pacífica alianza de él con el sanchismo, la explica Rodríguez Marín por el carácter autobiográfico de la novela. Y esa es también la tesis del Padre Albino Körösi.

Los profundos estudios de Rodríguez Marín sobre folklore español, que van desde la breve teoría de la copla hasta los grandes cuerpos de colecciones, y sus trabajos cervantinos—en los que se comprenden tres monumentales ediciones críticas—le hicieron alguna vez reparar en Portugal. Desgraciadamente, es muy pequeña la porción portuguesa de su obra: apenas aproximaciones de variantes de cantos y refranes populares; la edición de aquella quijotesca respuesta al desafío no menos quijotesco del noveno duque de Medina Sidonia al rey Don Juan IV de Portugal; la estancia de Mateo Alemán en Lisboa para vender su *Vida de San Antonio*, que fué natural de Lisboa, y aquí publicar la

segunda parte de *Guzmán de Alfarache;* la identificación de la *Filida*, de Gálvez de Montalvo, con Doña Magdalena Girón, que después se fué a Lisboa, casada con el Marqués de Torres Novas; su panegírico de Camoens en la Exposición camoneana de Madrid y el aprovechamiento de material de la musa popular portuguesa sobre el viejo tema del amor primero... cierra con llave de oro la lista de elementos portugueses de su obra.

Verdaderamente rendido ante el encanto personal de este siempre joven Bachiller Francisco de Osuna, abandoné su tibio despacho, afronté la fría bruma que se adensaba en la calle y tomé el camino de mi solitario rincón, comentando en mis adentros nuestra reciente conversación.

Hay hombres con superiores dotes de abstracción, espíritus silogísticos que toman de la realidad el pretexto especulativo y a cada paso se complacen en escapadas del pensamiento para reducirlo a ideas y asimilar en ideas esa realidad. Hay otros que gustan de andar entre los hombres, de conocerlos, de divulgar sus designios y dirigirlos y aprovecharse de ellos. Y hay otros que viven en el mundo de los hechos, a los que saben discernir, depurar y organizar, viviendo lo particular y lo individual, tan dilectamente como los primeros viven sus ideas. Esta capacidad última es lo que hace la vocación del investigador histórico y fué la fortuna de Rodríguez Marín, que camina por entre los amigos y enemigos de Cervantes con tanta seguridad como por entre sus contemporáneos de la Academia o de la calle de Alcalá.

Hay una profunda laguna en su obra. Se ha pasado la vida explicando el *Quijote* y reconstruyendo la biografía de Cervantes; nos contó cómo el *Quijote*, novela, llegó a América luego en 1605, a pesar de la interdicción de la entrada de las novelas en el Nuevo Mundo; nos contó, asimismo, cómo el *Quijote*, personaje, se introdujo en la vida festiva de los americanos; se esfuerza hoy por alimentar el culto del Inmortal Manco. Sólo no se detuvo en discriminar la parte amplia y gloriosa del quijotismo en la creación del Nuevo

Mundo; sólo no se quedó a considerar el peligro que será para España la obligación de ese mismo quijotismo como concepción de la vida...

FIDELINO FIGUEIREDO.